

El misterio desvelado

Al anochecer el señor Brownlow descendió de un coche de caballos en compañía de un hombre robusto. El señor Brownlow hizo un gesto y un tercer hombre bajó. Era Monks.

Entraron en la casa sin cruzar una sola palabra. Luego pasaron a una pequeña habitación oscura situada en la parte trasera. Monks se detuvo, como si no quisiera seguir adelante.

—Si intentas escaparte —le advirtió el señor Brownlow—, te entregaremos a la justicia.

—¡Usted no es nadie para retenerme! —protestó Monks.

—Si crees que estamos violando tus derechos, acude a los tribunales...

Monks se rindió. ¿Qué otra cosa podía hacer? A ningún malhechor se le ocurriría pedir el amparo de la justicia, así que Monks agachó la cabeza y, murmurando una queja, entró en la habitación.

—Cierra la puerta y vuelve cuando te avise —ordenó el señor Brownlow a su fornido¹ acompañante, que obedeció en el acto.

Una vez a solas con el señor Brownlow, Monks le dijo:

—¿Es así como trata al hijo de su mejor amigo?

—No te puedes quejar —contestó el señor Brownlow—. Si no hubieras sido el hijo de mi mejor amigo, no te habría dado esta

¹ **fornido:** fuerte, robusto.

segunda oportunidad. Lo hago por tu padre, a quien quise sinceramente, y por la hermana de tu padre, a quien amé hasta que murió justamente el día en que íbamos a casarnos. Sólo por eso te trato con tanto respeto, Edward Leeford, incluso ahora que ya no mereces llevar ese nombre.

—Dígame, ¿qué quiere de mí? —dijo Monks.

—Tienes un hermano...

—Eso no es cierto —protestó Monks—: soy hijo único.

—Tu pobre padre tuvo un desgraciado matrimonio con tu madre. Sé la miseria, la codicia, la lenta tortura que soportó mi buen amigo por culpa de su esposa...

—¿Adónde quiere ir a parar? —dijo Monks fingiendo indiferencia.

—En seguida lo verás. Sé que mi amigo y su esposa acabaron por odiarse, pero tuvieron un hijo: un miserable hijo del desamor que fuiste tú.

—Bueno, ¿y qué? Se separaron.

—Exacto. Y tu madre se entregó entonces a los placeres del mundo. Tu padre tardó diez años en olvidarla, pero al fin se enamoró de otra mujer. Eso sucedió hace quince años, cuando tú apenas tenías once o doce y tu padre tenía treinta y uno.

—No me maree con números... ¿Podría resumir un poco?

—El nuevo amor de tu padre era una dulce criatura de diecinueve años, que se llamaba Agnes. Tenía una hermana de apenas dos o tres años...

—Lo siento, no las conozco —dijo Monks.

—¡Silencio! —bramó el señor Brownlow—. Tu padre tuvo que viajar a Roma para rematar unos negocios, y allí cayó enfermo de muerte. Tu madre y tú llegasteis a Roma el día antes de que falleciera. Por lo visto, él no había dejado testamento, así que os quedasteis como únicos herederos de su fortuna. Pero lo que tú no sabías es que, antes de marcharse, tu padre vino a verme y me dejó, entre otras cosas, un retrato de una bella mujer que había pintado él mismo. Dijo que me escribiría para contarme con detalle quién era aquella mujer, pero nunca recibí carta alguna, y jamás lo volví a ver con vida. Sin embargo, cuando tu hermano...

Al oír estas palabras, a Monks se le transformó el gesto.

—Cuando tu hermano —prosiguió diciendo el señor Brownlow— llegó por azar hasta mí, descubrí que era idéntico a la mujer del retrato que me había dado tu padre. ¿Hace falta que te cuente el final?

—¿A qué viene esa pregunta?

—No hace falta que te cuente el final porque lo conoces tan bien como yo —contestó el señor Brownlow.

—No tienes pruebas contra mí —dijo Monks, que cada vez parecía más asustado.

—Eso ya lo veremos. Perdí al chico, y todos mis esfuerzos por recuperarlo fueron vanos. Como tu madre estaba muerta, sabía que el único que podía ayudarme a resolver el misterio eras tú. Cuando me enteré de que habías viajado a las Antillas para huir de la justicia, cerré mi casa y fui a buscarte. Pero, cuando llegué, ya habías regresado a Londres, así que también yo emprendí el camino de vuelta.

—Y aquí estamos ahora —dijo Monks en tono burlón.

—Sí, y aquí está también tu hermano.

—¿Mi hermano? —se resisitó Monks—. ¿Dice que tengo un hermano porque hay un mocoso que se parece al retrato de una muerta, pintado por un muerto?

—Digo que tienes un hermano, y tú lo sabes, y él también lo sabe ahora. Contra lo que creímos en el primer momento, tu padre sí dejó testamento, pero tu madre lo destruyó porque no os favorecía. Las otras pruebas del nacimiento y parentesco de Oliver las destruiste tú mismo, hace sólo unas semanas.

—¡Deje de decir mentiras! —rugió Monks—. ¡No tiene pruebas de nada de lo que está diciendo!

—¿Aún te atreves a desafiarme, Edward Leeford? Si lo prefieres, todavía podemos arreglar todo esto por otros medios...

—¡No, no, no! —contestó el cobarde Monks, superado por los acontecimientos.

—Entonces, ¿terminarás por mí la historia? —preguntó el señor Brownlow.

—Está bien.

—¿Y prometes repetirla tal cual, ante testigos?

—Lo prometo...

—Aún tendrás que hacer algo más: restituir la parte de la herencia que le corresponde a Oliver, tal y como dispuso tu padre. Hazlo y luego desaparece si quieres: márchate a cualquier lugar del mundo donde jamás puedas tropezar con Oliver.

Monks se puso en pie y empezó a caminar por la habitación, pensando en las posibilidades que le quedaban de evadir el compromiso adquirido, pero sus meditaciones fueron interrumpidas por la repentina entrada del doctor Losberne, que traía un periódico en la mano y gritaba exaltado:

—¡Están a punto de capturar al asesino!

—¿A Sikes? —preguntó el señor Brownlow.

—¡Sí, sí! —contestó el médico—. Han visto al perro que siempre le acompañaba, así que el dueño no puede andar lejos. Hay policías de incógnito² por toda la ciudad.

—¿Y Fagin? —quiso saber Brownlow.

—Sale en el periódico de la tarde: lo han atrapado este mediodía, a eso de las dos —contestó el doctor Losberne, mostrando el diario.

El señor Brownlow miró a Monks y le dijo:

—¿Se te van aclarando las ideas?

—Sí —respondió Monks, y agachó la cabeza.

² **de incógnito:** que no llevan uniforme para hacerse pasar por ciudadanos normales.